

El Juicio del Mono, 100 años después

“La verdad siempre triunfa y no la tenemos. La verdad no es cobarde. La verdad no necesita la ley.”

Dudley Malone

Miguel Ángel Sabadell





◀ **John T. Scopes en 1925 - Smithsonian Institution.**

Una tarde calurosa del verano de 1925 un joven pelirrojo de 24 años estaba jugando al tenis en la cancha pública de Dayton, un pequeño pueblo de menos de 2000 habitantes situado al abrigo de las montañas Cumberland, en el sureste de Tennessee. John Scopes había llegado a Dayton el año anterior tras graduarse en la Universidad de Kentucky, cuando el hombre que ocupaba el cargo de director de la escuela de secundaria y, además, entrenador de fútbol americano y profesor de álgebra y física, renunció repentinamente a su cargo.

El consejo escolar le contrató como entrenador y como profesor suplente por si alguno de sus compañeros faltaba. Tenía previsto haberse marchado en mayo, al finalizar el curso escolar, pero una cita “con una hermosa rubia” que había conocido en una reunión social de la iglesia retrasó su partida. De hecho, acudía regularmente a la iglesia presbiteriana del pueblo, no por su celo religioso, sino para conseguir citas. El joven Scopes caía bien en el pueblo, aunque algunos le reproban su hábito de fumar y bailar.

Estaba jugando cuando un crío se acercó y le dijo: “Te necesitan en la farmacia de ‘Doc’ Robinson”. Cuando llegó le estaban esperando el propietario Fred Robinson, George Rappalyea, gerente de la compañía local de carbón en quiebra Cumberland Coal, y el superintendente escolar Walter White, entre otros notables de Dayton. Scopes se dio cuenta enseguida que quien llevaba la voz cantante era Rappalyea, un ingeniero químico de 31 años, bajo, de ojos marrones, gafas de pasta, tez aceitunada y una espesa cabellera negra. De ascendencia francesa, hablaba con acento neoyorkino y hacía poco que el pastor metodista de la Iglesia de Five Points le había nombrado superintendente de la escuela dominical. Al contrario que otras iglesias de Dayton –había nueve en total-, el joven pastor metodista, Howard Byrd, era un modernista y no veía conflicto alguno entre la evolución y la fe cristiana. Eso había sido del agrado de Rappalyea y por eso se había bautizado un par de años atrás en esa iglesia. El químico se había puesto un objetivo: desenmascarar a los fundamentalistas cristianos ante el mundo. Semejante determinación fue causada por la muerte de un niño de seis años, hijo de uno de sus trabajadores, arrollado por un tren. En el funeral, el pastor fundamentalista dijo que el niño estaba condenado a las llamas del infierno porque no estaba bautizado. Esto le hizo hervir la sangre.

Tiempo después, el 13 de marzo de 1925, la asamblea general de Tennessee aprobaba una ley que prohibía “en cualquiera de las universidades, escuelas normales y demás escuelas públicas del estado que se sostengan total o parcialmente con los fondos escolares públicos del Estado, enseñe cualquier teoría que niegue la historia de la Creación Divina del hombre como se enseña en la Biblia, y enseñe en cambio que el hombre desciende

de un orden inferior de animales.” Estipulaba que era un delito menor, por lo que el profesor responsable sería multado con no menos de 100 dólares y no más de 500 por cada infracción.

Esta ley había sido promovida por John Washington Butler, un corpulento agricultor de maíz y tabaco que un día había entrado en pánico al escuchar un sermón de su pastor de la Iglesia Bautista Primitiva -entre los preceptos de su fe está la literalidad de la Biblia y que en el Juicio Final solo se salvarán los elegidos por Dios-. El pastor contó a su grey que una joven feligresa había estudiado un curso de biología en una universidad cercana, y al volver a casa le había confesado que había dejado de ser cristiana porque la teoría de la evolución había destruido su fe en Dios. Butler se preguntó si la evolución podía convertir a sus hijos en ateos. Para él no era justo que los padres educaran a sus retoños en el temor de Dios para que luego llegara un profesor de biología pagado con fondos públicos y les destrozara la fe. Eso no podía consentirse. Butler era el representante estatal demócrata en la Asamblea de Tennessee y prometió a sus votantes que protegería a sus hijos de la peligrosa teoría de la evolución. Y en la mañana de su cuadragésimo noveno cumpleaños, y -como él mismo

“No era justo que los padres educaran a sus retoños en el temor de Dios para que luego llegara un profesor de biología pagado con fondos públicos y les destrozara la fe.”



John Washington Butler (1875-1952).

contó- justo después de desayunar, redactó el contenido de la ley, que pasaría a conocerse como la Ley Butler. Fue aprobada con 71 votos a favor y 5 en contra.

Rappalyea echaba fuego por los ojos y escribió una encendida carta al periódico *Chattanooga Times* contra la Ley Butler. Pero fue el 4 de mayo cuando vio el cielo abierto, al leer la entrevista que el mismo periódico había hecho al presidente de la Unión por las Libertades Civiles (ACLU): buscaban “un profesor en Tennessee dispuesto a aceptar nuestros servicios para poner a prueba esta ley en los tribunales”. Rappalyea no se lo pensó más: fue directo a la farmacia de Fred Robinson –que era, además, el presidente de la junta escolar del condado- y le convenció de que había que aprovechar esa oportunidad, no solo para dejar en evidencia a los fundamentalistas, sino para poner en el mapa a Dayton. El resto de los notables del pueblo estuvieron de acuerdo y White, aunque no estaba en contra de la ley antievolucionista, aceptó el complot pues, al igual que el resto, veía que era una oportunidad para impulsar la economía de la ciudad. El abogado local, John Godsey, se ofreció a defender el caso y los dos jóvenes abogados municipales Sue y Herbert Hicks aceptaron presentar la demanda. Solo necesitaban un chivo expiatorio y mandaron llamar a Scopes.

Cuando Scopes llegó a la farmacia le preguntaron si se podía enseñar biología sin la evolución, a lo que contestó que no. Desde abril Scopes estaba enseñando biología por enfermedad del profesor titular, y les enseñó el libro de texto que utilizaba: *Civic Biology* escrito en 1914 por George W. Hunter –que era, además, una esforzada defensa de la eugenesia, muy de moda entre la izquierda política de entonces-. En él se incluía un tema sobre la evolución. Rappalyea telegrafió a la ACLU si decían en serio lo de cubrir las costas del juicio y le respondieron que sí. La conspiración estaba en marcha.

Tiempo después, Scopes describió la reunión en la farmacia como “una simple conversación que se fue de las manos”. Lo cierto es que en los meses siguientes lamentaría repetidamente haber tenido algo que ver con este asunto. Si su padre no le hubiera dicho que el juicio era una oportunidad para servir a su país, no hubiera aceptado.

Rappalyea quería el máximo de atención mediática posible y pensó que un buen defensor de Scopes sería el escritor H. G. Wells; éste rechazó la propuesta diciendo “nunca he oído hablar de Dayton”. Su segunda carta fue

“La evolución es la influencia más paralizante con la que la civilización ha tenido que lidiar durante el último siglo.”

para el famoso filósofo John Dewey, pero la jugada tampoco prosperó. Pero sí hubo abogados famosos que se ofrecieron. El primero fue el excéntrico John Randolph Neal, que había sido profesor de derecho en la Universidad de Tennessee. De allí había sido despedido en 1923 por su peculiar forma de impartir clase: faltaba con frecuencia y a veces calificaba a todos los estudiantes con un ‘95’, independientemente de su rendimiento. También tenía la costumbre de ignorar las lecciones prescritas y, en su lugar, impartía conferencias inconexas sobre temas de actualidad. Neal era conocido como “el Gran Objeto” por defender todas las causas progresistas, aunque fueran impopulares.

Claro que también se presentaron primeros espadas para ejercer de ministerio fiscal. De ellos el más famoso era William Jennings Bryan, que había presentado tres veces su candidatura a la presidencia de Estados Unidos por el partido demócrata. Su sobrenombre era “el Gran Comunista” por su defensa de los intereses de los obreros, los agricultores y las minorías étnicas y religiosas, e hizo campaña a favor de la protección del consumidor y la regulación de los todopoderosos trust económicos. Bryan era profundamente cristiano; de hecho, desde niño quiso ser pastor bautista (el presidente Theodore Roosevelt dijo de él: “¡Por Dios, sería el mejor predicador bautista del mundo!”), pero una mala experiencia a los seis años en su primera inmersión bautismal le quitó las ganas. De adulto confesaría que con 14 años se hizo presbiteriano debido al miedo que desarrolló frente al agua.

Un hombre con esas convicciones religiosas no podía ver la evolución con buenos ojos: “es la influencia más paralizante con la que la civilización ha tenido que lidiar durante el último siglo”, comentaba en 1920. Al año siguiente, saltó a la fama al publicar un ataque frontal contra la evolución en un panfleto titulado “La amenaza del darwinismo”. Bryan temía que las teorías de Darwin

fueran utilizadas por los defensores del creciente movimiento eugenésico, que abogaba por la esterilización de las “razas inferiores”. Por todo eso, en 1923 empezó a pelear a favor de una ley estatal que prohibiera la enseñanza de la evolución en las escuelas públicas. A ella le dedicaba sus más mordaces palabras: “Cuando quiero leer ficción no recurro a *Las mil y una noches*; recurro a obras de biología: me gusta la ficción salvaje”.

Arriba: Darrow (izquierda) y Bryan (derecha) durante el juicio - AP.

Abajo: el séptimo día del juicio, el tribunal se trasladó al aire libre debido al excesivo calor.

Bryan (sentado, izquierda) está siendo interrogado por Darrow - Smithsonian Institution.





▲
El periodista (y uno de los instigadores del juicio)
H. L. Mencken.

“Dayton se transformó en una feria de puestos de limonada y perritos calientes, pancartas y banderines de monos.”

En cuanto se hizo público que Bryan iba a formar parte de la fiscalía (a pesar de que llevaba más de 30 años sin ejercer), el más famoso abogado defensor de entonces, Clarence Seward Darrow, se postuló para defender a Scopes *pro bono*. Veía el juicio como un sueño hecho realidad, pues le brindaba la oportunidad de «centrar la atención del país en el programa del Sr. Bryan y los demás fundamentalistas de Estados Unidos». Fue la primera y única vez en su vida que ofreció sus servicios en un caso. A Rappalyea no le gustaba la idea porque el agnosticismo militante de Darrow podía convertir el juicio en una guerra de religión. A la ACLU tampoco le hacía gracia: temían que “el cazador de titulares” convirtiera el juicio en un carnaval.

No iba a hacer falta.

El 7 de julio Bryan llegó en tren a Dayton junto con su esposa, y esa noche el Club Progresista ofreció una cena en su honor. Al banquete también acudió Scopes. Scopes conocía a Bryan pues ambos eran vecinos de Salem (el famoso pueblo del juicio de las brujas) y el abogado había pronunciado el discurso de su graduación. Bryan se acercó y le dijo: “John, esta vez estamos en bandos opuestos. Espero que eso no interfiera de ninguna manera en nuestra relación”. “Señor Bryan –contestó Scopes-, todos tienen derecho a pensar de acuerdo con su forma de ver las cosas y a actuar en consecuencia. Creer de forma diferente sobre algunos temas no debería influir en el grado de respeto y amistad que uno tiene por los demás”. Al tomar asiento, Bryan respondió: “Bien, nos llevaremos bien”. Bryan tenía problemas de diabetes y, siguiendo las indicaciones de su médico, evitó el pan blanco pero llenó su plato de patatas. Al verlo, Scopes sonrió por la escasa comprensión de la ciencia que tenía aquel hombre de 65 años.

Clarence Darrow y su mujer llegaron al día siguiente. Scopes, acompañado por su padre Thomas, recién llegado de Kentucky, lo recibió en la estación. Para demostrar su imparcialidad, el Club Progresista ofreció un banquete para Darrow idéntico, hasta en el menú, al que habían ofrecido la noche anterior para Bryan.

El Dayton que recibió a Bryan y Darrow no era el tranquilo pueblo de bonitas casas de madera y ladrillo rodeadas de hermosos jardines que solía ser. Durante aquellas dos calurosas semanas de julio se transformó en una feria de puestos de limonada y perritos calientes, pancartas y banderines de monos. Unos chimpancés, que se decía habían sido traídos como testigos de la acusación, ac-

tuaban en un espectáculo en la calle principal mientras que miembros de la Liga Antievolucionista de América vendían copias del libro *El infierno y las escuelas de secundaria*, del evangélico Thomas T. Martin, uno de los antievolucionistas más importantes de la década de 1920.

A Dayton también llegó el cáustico y cínico periodista Henry Louis Mencken con el encargo de cubrir el juicio para *The American Mercury* y *The Baltimore Evening Sun*. En su primera crónica describió el pueblo de manera halagadora, algo poco habitual en él: “Debo confesar que me sorprendió enormemente. Esperaba encontrarme con un miserable pueblo sureño, con negros dormitando en los establos, cerdos hurgando bajo las casas y habitantes plagados de anquilostomas y malaria. Lo que encontré fue un pueblo rural lleno de encanto e incluso belleza.”

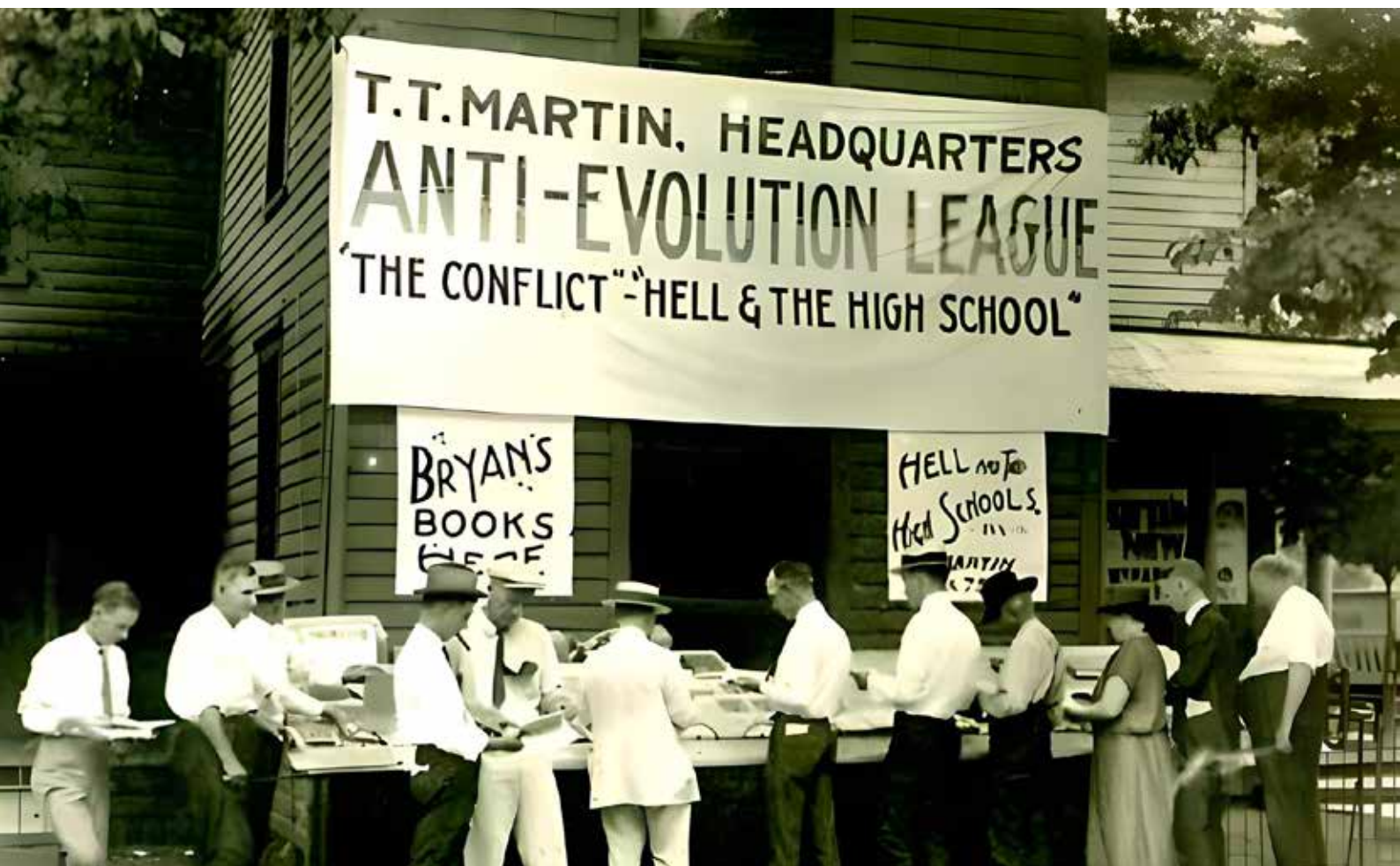
La implicación de Mencken en el juicio se remontaba al 14 de mayo, cuando se reunió con Darrow en Richmond y le sugirió que ofreciera sus servicios a la defensa. Horas después, Darrow telegrafió al abogado de Scopes, John Randolph Neal, expresando su disposición a “ayudar a la defensa en cualquier forma que pueda sugerir u

ordenar”. Neal aceptó sin dudarlo un segundo. Mencken continuó ofreciendo consejos a los abogados defensores. Así, les dijo que “a nadie le importa un comino ese profesor parlanchín” pero que la mejor estrategia sería “hacer quedar en ridículo a Bryan”. Unas palabras acordes con la cruzada personal que el escritor tenía contra los fundamentalistas cristianos. A Darrow le gustó la idea.

Aunque la historia ha reducido el juicio al enfrentamiento entre Bryan y Darrow, lo cierto es que ninguno de los dos lideró sus respectivos equipos de abogados. Después de muchas idas y venidas, la defensa estuvo liderada por Arthur Garfield Hays, a cuyo lado estaba un destacado defensor de la libertad de expresión de la ACLU, Dudley Field Malone, un abogado internacional de divorcios, John Randolph Neal –que llegó a decir que defendería a Scopes lo quisiera o no- y otro voluntario que la ACLU hubiera preferido que se quedara en casa, Darrow. Completando el equipo de la fiscalía estaba el fiscal general de Tennessee y futuro Senador, A. Thomas Stewart –que describió a Darrow como “la mayor amenaza a la que se enfrenta la civilización actual”-, el hijo de Bryan, el fiscal federal William Jennings Bryan,



◀
La sede del tribunal del Condado de Rhea, lugar donde se celebró “el juicio del mono” - J- McAlister.



Miembros de la Liga Antievolucionista de América vendiendo copias del libro *El infierno y las escuelas de secundaria*, del evangélico Thomas T. Martin, uno de los antievolucionistas más importantes de la década de 1920.

Jr., y el fiscal general adjunto Ben G. McKenzie, un personaje al que los periodistas nombraron el bufón oficial del juicio. Maestro de la exageración, durante la causa afirmó que era “mejor matar a todos los niños menores de dos años que tener maestros que arruinen su vida con teorías ateas que los lleven al tobogán del infierno”.

El viernes 10 de julio amaneció amenazando ser un día caluroso. Era el primer día de su juicio y Scopes comparció ante el tribunal con una camisa azul y una pajarita con adornos pintados a mano. Se sentó en la primera fila, entre su padre y George Rappalyea. Cerca de ellos lo hacía el creador de la ley por la que iba a ser juzgado, John Washington Butler.

A las 9:22 el juez John T. Raulston abrió la causa en el caso del *Estado contra John Thomas Scopes* en una sala abarrotada con cerca de un millar de personas, 300 de las cuales estaban de pie. Era la primera vez que se radiaba un juicio, algo que era de especial interés para el juez, un cristiano conservador que ansiaba publicidad

—durante el juicio parecía especialmente obsesionado en que le tomaran fotos—. El calor en la sala era tal que dos policías agitaban enormes abanicos para mantener la circulación del aire. La causa comenzó, a pesar de las objeciones de Darrow, con una oración. Rápidamente se constituyó el jurado. Raulston leyó la Ley Butler, luego el primer capítulo del Génesis e instruyó al jurado que no estaba allí para juzgar la validez de la Ley, sino si había habido una violación de la Ley.



The Daily Journal-Herald (Delaware, Ohio), del 21 de julio de 1925 - Delaware County Historical Society.

“Aunque la Historia ha reducido el juicio al enfrentamiento entre Bryan y Darrow, lo cierto es que ninguno de los dos lideró sus respectivos equipos de abogados.”

El juicio se aplazó durante el fin de semana. El domingo, Bryan pronunció el sermón en la Iglesia Metodista de Dayton donde aprovechó la ocasión para criticar la estrategia de la defensa: el juez Raulston y toda su familia escucharon sus palabras desde la primera fila.

Pero el cariño de los estudiantes de Dayton por su profesor de biología amenazó con desmontar el proceso. Uno le dijo a un periodista: “Si Scopes no regresa a la

escuela, habrá problemas con todos los niños”. Cuando llegó el momento en que tres estudiantes tenían que subir al estrado a declarar, no los encontraron por ningún lado: se habían escondido en un bosque cercano temiendo que su testimonio perjudicara a su profesor. Fue Scopes quien los localizó y los llevó al tribunal. Este fue el último papel importante que el acusado desempeñó en el juicio que lleva su nombre.

Mientras, Mencken, que decía haber llegado a Dayton con una máquina de escribir y cuatro botellas de whisky, se ganó la animadversión de los otrora pacíficos vecinos al tildarlos de “primates”, “retrasados mentales”, “palurdos”, “bobos” y “pueblerinos”. Claro que su principal objetivo era Bryan, al que llamó “burro redomado”, “el Papa de los campesinos”, “pobre payaso” y que era una tragedia verle “empezar la vida como un héroe y terminarla como un bufón”. No es de extrañar que una noche unos cuantos enfervorecidos marcharan hacia el hotel donde se hospedaba con un bote de alquitrán y plumas de pollo...

Desde el primer día la estrategia de la defensa estaba clara: no quería la absolución de Scopes sino obtener una declaración de un tribunal superior -preferiblemente la Corte Suprema de los Estados Unidos- diciendo que las leyes que prohibían la enseñanza de la evolución eran inconstitucionales. Para eso presentó una moción

inicial para anular la acusación por motivos constitucionales. Como era de esperar, el juez denegó la moción.

Las declaraciones de apertura presentaron el juicio como una lucha entre el bien y el mal (la fiscalía) o la verdad ante la ignorancia (la defensa). Bryan afirmó que “si la evolución gana, el cristianismo desaparece”. Darrow argumentó: “No se juzga a Scopes; se juzga a la civilización”. Y dijo que la ley Butler convertía la Biblia en “la vara de medir el intelecto de cada hombre, el aprendizaje de cada hombre”.

El 16 de julio, la defensa llamó a su primer testigo, Maynard Metcalf, un zoólogo de la Universidad Johns Hopkins. La fiscalía objetó, argumentando que el testimonio era irrelevante para la culpabilidad o inocencia de Scopes, pero antes de estimar o desestimar la petición, el juez decidió escuchar parte del testimonio del zoólogo. Bryan ridiculizó la exposición de Metcalf diciendo que los evolucionistas hacían que el ser humano descendiera “no de monos americanos, sino de monos del Viejo Mundo”. Dudley Malone contraargumentó en nombre de la defensa con un discurso que Mencken describió para *The Baltimore Evening Sun* de esta forma: «Dudo que se haya escuchado jamás un discurso más fuerte en un tribunal desde los días de Gog y Magog. Rugió por las

ventanas abiertas como el estruendo de una descarga de artillería, y alarmó a los destiladores clandestinos y a los catamontes en las cimas lejanas [...] Fue simple en su estructura, claro en su razonamiento y, en sus puntos culminantes, abrumadoramente elocuente».

Malone terminó su discurso con una potente andanada: «La verdad siempre triunfa y no la tememos. La verdad no es cobarde. La verdad no necesita la ley. La verdad no necesita las fuerzas del gobierno. La verdad no necesita al Sr. Bryan. La verdad es imperecedera, eterna e inmortal y no necesita ninguna agencia humana que la respalde. Estamos listos para decir la verdad tal como la entendemos y no tememos las verdades que ellos presenten como hechos. Estamos listos. Sentimos que estamos del lado del progreso. Sentimos que estamos del lado de la ciencia. Sentimos que estamos del lado de la inteligencia. Sentimos que estamos del lado de la libertad fundamental en Estados Unidos. No tenemos miedo».

“El cariño de los estudiantes por su profesor amenazó con desmontar el proceso.”



◀ **Bryan llega a Dayton**
- Tennessee Virtual Archive.

▶ **Darrow llega a Dayton**
- Tennessee Virtual Archive.



Fue un discurso poderoso, hasta el punto de que el propio John Butler lo calificó como “el mejor discurso del siglo”. Los periodistas y la mayoría de la sala ovacionaron de pie a Malone.

Al día siguiente, Raulston declaró inadmisible el testimonio experto de la defensa.

La decisión de Raulston enfureció a Darrow, que cuestionó la imparcialidad del tribunal. Entonces el juez preguntó al abogado: “Espero que no tenga la intención de faltar al respeto al tribunal”. Darrow respondió: “Bueno, su señoría tiene derecho a tener esperanza”. A lo que Raulston replicó: “Tengo derecho a hacer algo más” y le declaró en desacato. Más tarde, un calmado Darrow se disculpó y el juez aceptó la disculpa.

El séptimo día del juicio Raulston preguntó a la defensa si tenía más pruebas. Lo que siguió fue lo que *The New York Times* describió como “la escena judicial más asombrosa en la historia anglosajona”. Hays solicitó que William Jennings Bryan fuera llamado al estrado como testigo de la defensa. Bryan aceptó, a pesar de que sus colegas le aconsejaron que no lo hiciera. Pero el confiado Bryan estaba demasiado seguro de sí como para pensar que iba a caer en una encerrona.

Darrow comenzó su interrogatorio: “Usted ha estudiado considerablemente la Biblia, ¿no es así, Sr. Bryan?” Bryan respondió: “Sí, la he estudiado durante unos cincuenta años”. Así comenzó una serie de preguntas destinadas a socavar una interpretación literalista de la Biblia. Le preguntó por el pez que tragó a Jonás, Josué deteniendo el Sol, Noé y el diluvio, la tentación de Adán en el jardín del Edén y de cómo consiguió mujer Caín. Después de afirmar inicialmente que “todo en la Biblia debería aceptarse tal como se presenta allí”, Bryan tuvo que admitir que las palabras de la Biblia no siempre deben tomarse literalmente. En respuesta a las preguntas implacables de Darrow sobre si los seis días de la creación, como se describe en el Génesis, eran días de veinticuatro horas, Bryan dijo: “Mi impresión es que eran períodos”. Tal afirmación causó sorpresa y rechazo entre los fundamentalistas de entonces, y lo sigue causando en la actualidad. En 2007 el pastor bautista y tele-evangelista Jerry Falwell afirmó que Bryan “perdió el respeto de los fundamentalistas cuando aceptó la idea de que la creación ocurrió en períodos de tiempo en lugar de días de veinticuatro horas”.

El acoso de Darrow acabó por hacer perder la paciencia a Bryan, que en un momento de exasperación dijo: “No pienso en cosas en las que no pienso”. Darrow aprovechó



Bryan y Butler, el creador de la ley antievolucionista
- Tennessee Virtual Archive.

el hueso que le había lanzado: “¿Piensa en las cosas en las que sí piensa?” Bryan respondió: “Bueno, a veces”, lo que provocó que se escucharan risas burlonas entre los espectadores. Bryan acusó a Darrow de intentar “desacreditar la Biblia” y que continuaría respondiendo a sus preguntas porque “quiero que el mundo sepa que este hombre, que no cree en Dios, está tratando de usar un tribunal en Tennessee...”. Darrow saltó como una flecha e interrumpió a su testigo: “Objeción a su declaración”. Y añadió: “Y a sus tontas ideas sobre la Tierra que ningún cristiano inteligente cree”. Después de ese arrebato, Raulston ordenó que se levantara la sesión. Al día siguiente, el juez consideró que el testimonio de Bryan era irrelevante y mandó expurgarlo del registro. Para la prensa, el enfrentamiento entre Bryan y Darrow terminó con la victoria de Darrow. Según Ray Ginger, un historiador que documentó el juicio, en su libro *Six Days or Forever? Tennessee v. John Thomas Scopes* (1958), comenta: “Como hombre y como leyenda, Bryan quedó destruido aquel día por su propio testimonio”.

El juicio prácticamente había acabado y la defensa tenía una última bala contra Bryan: pidió al jurado que emitiera un veredicto de culpabilidad y así poder apelar ante la

Corte Suprema de Tennessee. Según la ley, este hecho dejaba a Bryan privado de la oportunidad de pronunciar su alegato final, en el que había trabajado durante semanas: no poder leerlo le dolió mucho más que su presencia en el estrado el día anterior. Su discurso comenzaba así: «La ciencia es una fuerza magnífica, pero no es maestra de moral. Puede perfeccionar la maquinaria, pero no impone freno moral alguno que resguarde a la sociedad del uso perverso de esa maquinaria.»

El jurado condenó a Scopes y el juez le impuso una multa de 100 dólares.

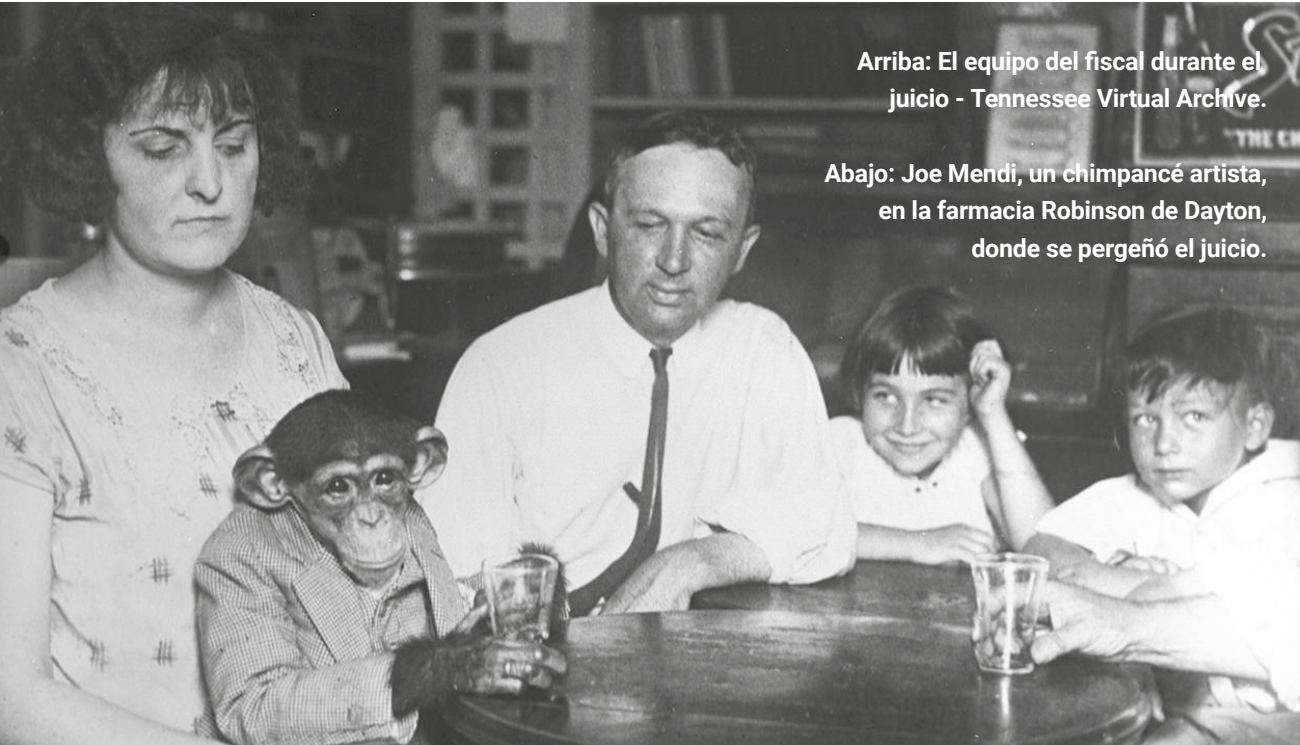
Seis días después del juicio, Bryan aún estaba en Dayton. Después de una opípara comida, se echó una siesta y murió mientras dormía. Cuando los periodistas preguntaron a Darrow si su contrincante había muerto a causa de un corazón roto, Darrow dijo: “De corazón roto nada; murió de un atracón”. Y en voz más alta añadió: “Su muerte es una gran pérdida para el pueblo estadounidense”.

La jugada que pretendía hacer la defensa quedó en agua de borrajas porque al año siguiente la Corte Suprema de Tennessee revocó el fallo por un tecnicismo, y no

por inconstitucionalidad. Según la corte, la multa debería haber sido impuesta por el jurado, no por Raulston. En lugar de devolver el caso, lo desestimó: “No se gana nada prolongando la vida de este caso tan extraño”.

El epitafio al juicio Scopes lo escribió Mencken en 1926: “El mal que hacen los hombres perdura. Bryan, en su malicia, inició algo que no será fácil de detener”. Un siglo más tarde, el creacionismo a machamartillo tiene nuevas fuerzas y un nuevo nombre: el Diseño Inteligente.

Miguel Ángel Sabadell
Miembro del Consejo Editorial de Muy Interesante
Director de proyectos de la
Fundación Albireo Cultura Científica



Arriba: El equipo del fiscal durante el juicio - Tennessee Virtual Archive.

Abajo: Joe Mendi, un chimpancé artista, en la farmacia Robinson de Dayton, donde se pergeñó el juicio.